

Un lugar en el mundo ...

Hay una pregunta que todos nos hacemos alguna vez, y quizás también le hacemos a Dios: ¿Dónde me quierres, Señor? ¿Qué es lo que esperas de mí? ¿Quién estoy llamado a ser? Hoy me atrevo a preguntarte desde ahí, y te pido que me ayudes a responder a esa cuestión.

Señor que lo quisiste:

¿Para qué habré nacido?

¿Quién me necesitaba,

quién me había pedido?

¿Que misión me confiaste?

Y ¿por qué me elegiste,

yo, la inútil, la débil,

la cansada...? La triste.

Bien sé que todo tiene su objeto y su motivo:

Que he venido por algo y que para algo vivo.

Que hasta el más vil gusano su destino ya tiene,

que tu impulso palpita en todo lo que tiene

de llenar un vacío, por pequeño que sea...

Que hay un sentido oculto en la entraña de todo:

en la pluma, en la garrá, en la espuma, en el lodo...

Que tu obra es perfecta: ¡Oh Todopoderoso,

Dios Justiciero, Dios Sabio, Dios Amoroso!

El Dios de los mediodres, los malos y los buenos...

En tu obra no hay nada ni de más ni de menos...

Pero... No sé, Dios mío: Me parece que a Ti

-un Dios...- te hubiera sido fácil pasar sin mí

(Dulce María Loylaz)

Una pieza en un puzzle.

“Yo te convierto hoy en plaza fuerte, en columna de hierro, en muralla de bonce, frente a todo el país: frente a los reyes y príncipes de Judá, frente a los sacerdotes y terratenientes: lucharán contra ti, pero no te vencerán, porque yo estoy contigo para libarte.” (Jer 1, 18-19)

Aunque haya mil, dos mil, diez mil piezas en un puzzle, cada una es importante. Cada una es única, y diferente... Como nosotros. Como yo.

Cada uno de nosotros es único. El reto es encontrar mi lugar, ir encajando con otras personas, en otros lugares... Esa imagen es sugerente. A tus ojos, señor, soy único, soy

Ven, no apartes de mí los ojos, te llamo a ti, te necesito, para que se cumpla en el mundo el plan de mi Padre

imprescindible, soy especial. Cuentas conmigo para algo. Para dejar, en mi parcela de la vida, una huella tuya... Gracias por confiar tanto en mí.

Un instrumento en la orquesta

“Antes de formarte en el vientre te escogí, antes de salir del seno materno te consagré y te nombré profeta” (Jer 1,5)

En una gran orquesta cada instrumento, hasta el más pequeño, cuenta. No todos son primeros violines ni todos llevan la voz cantante. Pero hasta el más pequeño instrumento contribuye, en su momento y con su sonido, a crear algo hermoso. Ahora, Señor, me fijo en mis palabras. Con la palabra tengo poder para sanar o para herir, para crear o para destruir. A Ti a veces te definimos como Palabra, como Verbo. Y yo, si soy tu imagen, también tengo una palabra que decir. Ahora, en silencio, proclamamos esa palabra para otros. Intento que mi palabra sea palabra de bendición, de amor, de encuentro.

ENTRA EN MI NOCHE

Entra en mi noche, Señor
entra en mi noche, Señor
y lléname de tu claridad
de tu claridad
guía mis pasos hacia ti

Un personaje de carne y hueso.

“El Señor me dirigió la palabra: “¡Ve”.

“¡Grita! que lo oigan todos”... (Jer 2, 1-2)

En las buenas historias cada personaje tiene su papel, su importancia, su función, sus matices... Y la vida real es mejor que cualquier historia. Es más profunda, más compleja, más llena de posibilidades. Por eso, yo estoy llamado a ser, no un personaje, sino una persona. Una persona diferente. Una persona como no ha habido otra ni habrá otra nunca jamás. Una persona llamada a hacer algo, en tu nombre. Y eso que yo puedo hacer,

LLAMADA

Me sedujiste, Señor,

y me enviaste. A encontrar

un lugar en el mundo.

Y ahora, a tu modo,

vivo buscando...

Ser yo mismo

y reflejo Tuyo.

Convertir cada instante

en tiempo vivido.

Encontrar un nombre,

ese nombre único, distinto,

que es eco de tu amor.

Cantar

allá donde el silencio duela

Pintar

allá donde haya huído el color.

Abrazar

las soledades heridas

Llorar los verdaderos motivos

e iluminar lo cotidiano con Tu risa.

Encontrarme, encontrarnos,

en la tierra de todos.

Escribir una historia

de bienaventuranza.

A mi manera. A Tu manera.

(jm)



